



La periodista Patricia Verdugo
y su batalla contra el cáncer

'No soy TAN FUERTE como creía'

Estuvo ocho meses en cama peleando contra la muerte, un período en el que aprendió a medir el tiempo a través de los cambios que veía desde su ventana. Descubrió que era débil, frágil, finita. También observó el país y se *desconcertó* con la Concertación. Está de vuelta: acaba de publicar la quinta edición de *Bucarest 187* donde cuenta su historia, y la versión italiana de *Los zarpazos del Puma* será lanzada en febrero.

Por SILVIA PEÑA P.

Fotos DIEGO BERNALES R.

Desde hace ocho meses Patricia Verdugo (periodista, Premio Nacional 1997) pasa los días reclusa en su casa de La Reina. Me advierte que se cansa, que tal vez la entrevista sea breve, que hasta hace unos días se acostaba a las siete de la tarde y que pasaba mucho tiempo en cama. Terminó la quimioterapia hace dos semanas y ya comienza a reunirse con sus amigos, a volver a su rutina. "Estoy retomando la responsabilidad sobre mi vida que durante los últimos meses estuvo en manos de expertos, radioterapeutas y quimioterapeutas. El tratamiento me dio una nueva oportunidad. Hasta ahora los exámenes demuestran que no hay nada, está todo limpio. Voy a tener un nuevo chequeo en febrero. Ahí, me imagino, me dará un ligero vértigo...", dice algo nerviosa.

La alerta la dio una pataleta al hígado a comienzos de año. Los exámenes descubrieron un cáncer a la vesícula. "No lloré, no pensé *por qué a mí*. Me tocó nomás, incluso me alegré de que no le hubiera pasado a uno de mis hijos. En ese sentido era una buena perspectiva", agrega bajándole el perfil. "Supe que el cáncer de vesícula era la primera causa de muerte en Chile, más que el de mamas o de útero. Yo me hacía todos los años el *pap* y mamografías, pero nunca ecografías abdominales. El veinte por ciento de las personas son asintomáticas como yo. Cuando duele, ya es tarde". Se operó a comienzos de marzo, pero a fines del mismo mes el doctor le dijo que el cáncer podía ser terminal.

"¿CUÁNTOS MESES DE VIDA ME QUEDAN?, PREGUNTE. SEIS, ME CONTESTÓ. SAQUÉ LA CUENTA Y NO LLEGABA A MI CUMPLEAÑOS en octubre. Me guardé la noticia, esperando el momento más apropiado para contárselo a mis tres hijos. Descubrí que no le tenía miedo a mi muerte y agradecí el aviso para dejar todo en orden. Supe también que tenía un ego descomunal, produje en detalle mi funeral, con música y discursos. ¡Qué tremendo, lo encontré tan regio que me parecía terrible perderlo!", cuenta de manera trágica.

—*Finalmente, sus hijos fueron los primeros en saber la noticia?*

—Sí. El segundo de ellos, Diego, vive en España y tenía que regresar. No tuve más remedio que decirse lo a los tres cuando faltaban unas cuatro horas para ir a dejarlo al aeropuerto. Se los dije sin dramatizar.

—*¿Cómo reaccionaron?*

—Ninguno de los tres pestañeaba siquiera. Sé que al final les comenté algo sobre *si hemos vivido con dignidad, pues moriremos con dignidad*. Felipe (34, abogado) y Diego (30, documentalista) estaban serenos, José Manuel (20, estudiante de Derecho) tuvo un momento de desesperación, dijo *necesito unos cuantos años más de mamá*. Para pasar lo malo, me los llevé a comer, destapamos un buen vino y brindamos por la buena vida juntos. Al día siguiente me hicieron un examen especial y se abrió la posibilidad de extirpar y hacer un tratamiento.

Fue operada de nuevo en abril y luego siguieron la radioterapia y la quimioterapia. "Entonces todo se empezó a mover en cámara lenta. Mi cuerpo se encorvó y apenas podía caminar. Aprendí a ser más paciente. Nada de lo que yo hiciera podía acelerar el tratamiento. Entre abril y noviembre mi mundo casi se redujo a la gran ventana frente a mi cama. Allí vi transcurrir el otoño y el invierno. Desde allí vi llegar la primavera. Muchos buenos amigos necesitaban verme, hablar conmigo. Yo no tenía fuerzas ni para eso. Mi nana les informaba sobre mi salud. Aprendí a ahorrar energía, para concentrarla en mi sanación".

—*Difícil para alguien hiperactiva como usted.*

—Fue una gran lección. Como periodista, siempre anduve a mil por hora. Repetía aquello de *vive cada día como si fuera el último y sueña como si fueras eterna*. Pero una cosa es saberlo racionalmente y otra cosa es emocionalmente.

—*¿Qué más aprendió?*

—Que no soy tan fuerte como creía. La siquiátrata Adriana Schnake sostiene que los mejores candidatos para el cáncer son los depresivos y los omnipotentes. Yo pertenecía a los segundos. Me creía *la chora de las pampas*, me ufanaba incluso de mi fortaleza física y emocional. Supe que necesito mucha ayuda. Me descubrí muy frágil.



‘Supe que tenía un ego descomunal, ya que produjo en detalle mi funeral, con música y discursos... ¡Qué tremendo, lo encontré tan regio que me parecía terrible perdmelo!’.

—¿Cómo cambió la perspectiva de su vida?

—No sé qué cosas van a cambiar, de partida tengo una sensación de mayor libertad. Siempre creí que la vida es un milagro y hay que vivirla como una sagrada fiesta. Ahora agrego algo importante: la libertad. Me siento más libre que nunca. No tengo que rendir cuentas a nadie, sólo a mí. Quiero vivir muchos años más, ¡quiero ser abuela!, pero sé también que estoy lista para morir hoy mismo. Me siento más libre porque en definitiva a la única que le atañe estar viva es a mí. Nadie se va a quedar paralizado de dolor ante mi muerte. La única que pierde de estar viva soy yo.

—¿Sus pasiones siguen siendo las mismas?

—Ni siquiera sé qué es lo que me va a motivar escribir. Pero sí sé que la escritura es mi forma de comunicar. Mi único esfuerzo laboral en este tiempo fue poner al día *Bucarest 187*.

—¿O sea, su línea de trabajo podría variar?

—Perfectamente. O podría no hacer nada e irme a vivir a la playa. A mirar el mar, a leer. O cambiarme de país. Es una nueva oportunidad.

—¿Es posible que sus miedos hayan cambiado?

—Identificar a qué le estoy teniendo miedo y luchar contra eso ha sido el trabajo de toda una vida. Eso no ha variado. No le tengo ningún temor a mi muerte. Le temo al dolor, incluso dejaría instrucciones: *Niños, si llego a estar en una etapa en que no puedo decidir, pongan toda la morfina posible*.

—¿Necesita tener siempre el control de todo?

—Nada que ver, desde que murió mi primera guagua sé que no tengo el control de nada.

TENÍA 23 AÑOS CUANDO ENTERRÉ A SU PRIMER HIJO. Y QUERÍA MORIR DE PENA.

Estaba casada con el periodista Edgardo Marín. “Tuvieron que operarlo de emergencia. Le extirparon un riñón, pero murió por una infección intrahospitalaria. Tenía un año y medio. Fue terrible. Después nació Felipe y luego Angela, que murió de muerte súbita cuando tenía casi dos años. El segundo golpe. Más tarde vino Diego, y cuando él tenía seis meses ocurrió la detención y asesinato de mi padre. Todo fue muy rápido entre los 23 y 28 años. Aprendí de la muerte de los otros, de que no controlas nada, de que aunque ofrezcas tu vida a cambio de la de tus hijos, no hay transacciones. Entremedio viví la muerte de amigos. Todo un país se vestía de luto. Ahí incluso cambió mi rumbo profesional. Sin golpe yo habría sido una periodista dedicada a la ciencia y la tecnología”, asegura. Comenzó a investigar y escribir sobre violaciones a los derechos humanos. Entre 1979 y el 2003 escribió nueve libros, varios de ellos reeditados y publicados en diferentes idiomas.

Después de catorce años de matrimonio se separó de Edgardo Marín. Más tarde convivió por siete años con Luis Matte, ex ministro de Vivienda de Allende con quien tuvo al menor de sus hijos, José Manuel. Su última pareja fue Oscar Jadue, ingeniero y pintor, con quien también vivió siete años. “¡Me encantan

los hombres, partiendo por mis hijos! Aunque luego de tres experiencias me declaro inepta para el estado matrimonial. No hay nada más milagroso que el amor, pero esa maravilla no pasa por casarse. Yo requiero mucha libertad. Estar casada me oprime, me obliga. La crianza de los hijos ya impone una cantidad de obligaciones que uno hace por amor, pero a la hora de escoger entre los hijos-maridos y los paridos, me quedo con los segundos”.

—¿Ha repetido la trama en sus tres relaciones?

—¡¡Sí!! —dice riendo—. Soy bien paciente y perseverante, he hecho todo lo posible, pero declaro al matrimonio inadmisibles por aburrido.

—¿Hoy está sola entonces?

—Estoy en estado de quiebra. ¡Menos mal!, porque cuando te enfermas, tienes al lado al marido de toda la vida o estás sola. Necesitas toda la energía.

“SOMOS UN PAÍS EN DONDE LA GENTE QUE ESTÁ EN EL PODER ES COBARDE. La corrupción de hoy es sólo un reflejo de lo que hemos llegado a ser como pueblo”. Patricia se entusiasma y hace un esfuerzo para hablar de lo que ha visto desde su cama: “Al no castigar a Pinochet por sus crímenes y dejarlo como comandante en jefe sabiendo desde el comienzo de los *pinocheques*, que Frei Ruiz-Tagle por ‘razones de Estado’ impidió investigar, la señal que envían a la sociedad es que da lo mismo. Porque el gran delincuente está libre. ¡Estos no son gobiernos socialistas, son palabras! No importa quién esté en La Moneda. En Chile mandan los 23 grupos económicos que producen el 85 por ciento del PIB”.

—Sin embargo usted es de la Concertación.

—Estoy cada día más *desconcertada*. Ellos han sido cómplices de esto. Hasta ahora he votado Concertación siempre con la esperanza de que tengan la mayor sensibilidad social y hagan un mejor reparto. Pero la verdad es que en el gobierno de Lagos los ricos fueron más ricos y los pobres más pobres. Y los empresarios declararon que lo amaban. Creo que ya llegó la hora de que gobierne la Alianza y que la Concertación vuelva a depurarse en la oposición.

—¿Cómo evalúa el gobierno de Bachelet?

—Lo único que podía hacer al llegar a la presidencia era dar un paso más en la apertura cultural. Si ella lo hacía bien, las mujeres podíamos tener la puerta más abierta para mejorar nuestro salario, pedir más cosas. En la medida en que lo empieza a hacer mal, parece no ser capaz de ordenar el naipe, todas quedamos mal.

—¿Todavía es demócrata cristiana?

—Cuando fui a votar por Soledad Alvear descubrí que ya no estaba en los registros del partido. Adolfo Zaldívar me había dejado a un lado y quedé muy contenta con mi libertad de acción.

—Pero donde hubo amor... algo quedará.

—Soy simpatizante, hasta ahora, de la Concertación. Pero me voy desempatizando cada día más. Descubro, por ejemplo, que si viviera en Providencia votaría por Labbé.

—Pero fue colaborador de Pinochet...

—Sí, trabajó en la dictadura, pero es un estúpido gestor. Hasta ahora ni un escándalo de corrupción, y sus semáforos y calles funcionan.

—¿O sea, podría votar UDI?

—No, el alcalde es doméstico. Ahí no tengo ideología, lo importante es que sean eficientes y no corruptos en el manejo de los recursos municipales. A nivel de país lo que quiero es alguien que tenga los cojones para negociar con los empresarios antes de que sea tarde. ■